

Vida intelectual de Chile en 1879

ROBERTO ESCOBAR

Luego de enterarse 100 años de la iniciación de la Guerra del Pacífico parece conveniente volver nuestra mirada a lo que eran la vida y las inquietudes de nuestro país en esa época.

El desarrollo de una guerra está vinculado necesariamente a todos los aspectos de la vida de una sociedad y la vida intelectual de un país tiene gran importancia en el respaldo general de la acción internacional de los países, muy particularmente en una acción bélica como fue la Guerra del Pacífico.

Un sistema social que reconoce y valora las actividades intelectuales, incluyendo en ellas la educación, la ciencia y la filosofía, se encuentra mejor preparado para atender a las exigencias del progreso y para desarrollar un sistema eficaz de seguridad nacional.

Un país que presente un panorama equilibrado de los distintos aspectos de la vida intelectual y que aplica sus mejores habilidades en resolver los problemas nacionales tiene muchas más posibilidades de alcanzar un reconocimiento internacional y de cohesionar el conjunto de sus potencialidades que un sistema social fragmentado o dirigido exclusivamente a un solo aspecto del saber o de la tecnología.

Los países que han asumido posiciones de influencia en el campo internacional, han sido precisamente países con sistemas organizados para la vida intelectual y la reflexión del saber.

La evolución de la naturaleza sigue un curso dinámico en el cual intervienen muchas fuerzas simultáneas, todas ellas en movimiento.

El desarrollo de la cultura es similar, y la interacción de las fuerzas generadas por la acción pensante de los individuos dentro de una sociedad puede originar impulsos que se dirigen hacia un progreso colectivo o hacia la fragmentación de la misma colectividad de personas.

Por eso, para estudiar la situación cultural de una determinada época hay que tener en cuenta la dirección e intensidad de las fuerzas que preceden a esa época, como también la evolución posterior.

Siguiendo un principio similar al del indeterminismo físico, el estudio de la cultura conoce por cálculo y a veces por aproximación estadística.

Evidentemente el equilibrio de la fuerza social y la vida intelectual es el resultado de situaciones complejas en permanente evolución y un mismo país puede atravesar, en poco tiempo, por una gran gama de equilibrios diferentes. Se puede postular que en 1879, al iniciarse la Guerra del Pacífico, Chile presentaba un equilibrio favorable entre las ideologías, la vida científica y la vida productiva.

Esta circunstancia explica, en parte, el desenvolvimiento coherente y favorable de la guerra en que todo el país, con un sistema educacional racional y eficaz, y con una activa vida intelectual, apoyaba la gestión del gobierno a través de todas las esferas de la sociedad.

Pero, ¿era Chile más culto en 1879 que hoy?

Hay una tendencia a creer que el solo paso del tiempo significa progreso. Esto puede ser cierto para ciertas tecnologías específicas y hoy disponemos de muchos recursos técnicos desconocidos en 1879, pero éstos son fruto del progreso general de la humanidad más bien que de la creatividad interna del país.

El nivel de cultura es una situación comparativa y no se puede medir en forma absoluta por los índices estadísticos de alfabetismo o mortalidad infantil sino, más bien, por el equilibrio armónico de las fuerzas de la sociedad y la integración de los ciudadanos en torno a las metas del país.

Las condiciones intelectuales en el Chile de 1879 eran particularmente favorables; en parte como resultado del desenvolvimiento histórico, que me propongo relatar someramente para mostrar en qué forma los años precedentes a la guerra formaban un momento activo, nervioso, propio de un pueblo joven lleno de inquietudes, seguro de sí mismo, pero dudoso de su propio futuro.

No era una época grave, dominada por patriarcas sedentarios; era una etapa ágil, dirigida por un núcleo intelectual de gran brillo, reunido en torno a la tarea importante de dar a Chile *la imagen* que le correspondía.

Para esto había que responder a la pregunta: *¿qué es Chile?* La búsqueda de una respuesta orientó, durante la década de 1870, el trabajo científico y educacional.

Me referiré solamente a la ideología, la filosofía, la historia, las ciencias y la educación.

LA IDEOLOGIA

Chile siempre ha estado lejos de la inquietud mercurial de las ideologías europeas.

Durante la Colonia se fraguó la idiosincrasia criolla, cuyas características no se han dado en igual forma en el resto de América.

La ideología feudal del medioevo español llegó a América con los conquistadores y aquí se encontró con la antigua y avanzada cultura de pueblos como los mayas, los aztecas y, en el caso especial chileno, con los quechuas del imperio Inca.

Desde el Cuzco, capital del incariato y "centro del mundo", salen hacia Chile españoles y gran cantidad de indígenas quienes, juntos, fundan las ciudades y, lo que es más importante, nuestra raza en cuanto grupo racial y social homogéneo cuya coexistencia pacífica con la raza mapuche es cosa reciente.

La ideología societaria, feudal y teocrática de los incas encontró, curiosamente, muchos ecos en la ideología teocrática, feudal y elitista de los españoles.

Esta coincidencia aparece como uno de los factores determinantes de la evolución de la idiosincrasia chilena.

Mientras en Europa el medioevo desapareció y destilaron el Renacimiento y el Modernismo sin ser conocidos en América, en Chile las ideologías se acomodaron en torno a una especie de neomedievalismo criollo que se mantuvo intacto y se perfeccionó, hasta el siglo XIX, en que la influencia social, filosófica y científica francesa se hace sentir.

Nuevamente se da en esto una curiosa coincidencia cultural que contribuye a dar a la chilenidad un sello característico. El siglo XIX significó para Europa retomar el Gótico como expresión del Romanticismo, sin que éste dejara de ser individualista y liberal. El neomedievalismo chileno se encontró así con el neogótico romántico francés, de cuya absorción se produce la polarización de nuestra ideología en dos sentidos de lo que, en el fondo, es lo mismo: *el sentido traidicional y el sentido futurista*.

Para el período histórico que nos ocupa, el sentido tradicional o conservador es historicista: estima a la historia como un elemento científico indispensable para fijar las actitudes y roles sociales y culturales. Es una ideología que basa la vida pública en el *bien común*, postulado legado por la escolástica medieval.

El bien común es el *bien de todos* y no debe confundirse con el *bien de la mayoría* que es el ideal de la democracia.

El predominio de la mayoría es injusto ante el bien común, porque la

mayoría supone la existencia de una *minoría* que queda subordinada a lo que no desea.

Por esto el bien común busca el *futuro* en las enseñanzas del *pasado* y concibe un esquema de seguridad nacional en el cual es el gobierno quien debe proteger al pueblo.

En otro sentido opera el *futurismo* que se fundamenta en exaltar románticamente al individuo y las libertades personales, buscando postulados en el modelo de una sociedad perfecta a la cual aspirar, es decir, en la utopía social.

Para el liberalismo individualista, la historia debe ser enfocada filosóficamente para determinar el curso de los hechos por medio de valores, con los cuales se puedan construir estos modelos ideales para el futuro.

La tendencia dominante es la libertad del individuo dentro de la sociedad y ante el gobierno. En contraste con el sentir tradicional, es el ciudadano individual el que sostiene al gobierno y no al revés.

Hay que señalar que tanto la explicación histórica del pasado, como la utopía del futuro, son abstracciones intelectuales, separadas del quehacer presente. Es decir, ambas posiciones son igualmente válidas o igualmente discutibles. La razón por la cual se adhiere a una u otra está relacionada con factores existenciales.

Estas dos tendencias que se manifiestan por posiciones opuestas en diversos campos, se encuentran, al llegar 1879, en un fecundo diálogo que, en lugar de dividir, más bien complementa y, en el campo político, las dos ideologías coexisten dentro de cada uno de los partidos y grupos, dentro de un panorama político que por esta razón aparece confuso a nuestros ojos.

La corriente *tradicional* se puede considerar como originada por Bello, quien implementa la idea de una ciencia histórica con pruebas comprobadas en las fuentes mismas y que es el procedimiento histórico que más tarde usó Gay al escribir su "Historia Física y Política de Chile", que completó en 1871. Este historicismo tradicional viene a fructificar en los tres historiadores llamados "clásicos" del siglo pasado: Miguel Luis Amunátegui, Diego Barros Arana y Benjamín Vicuña Mackenna.

En torno a estas figuras aparecen otros historiadores políticos que buscan en la historia la respuesta a "¿qué es Chile?".

Frente al grupo tradicional se alzan los intelectuales que unidos por la amistad y el aprecio hacia el intransigente liberal individualista, José Victorino Lastarria, buscan en los modelos utópicos lo que "debe ser Chile", lo que se ofrece como respuesta a la pregunta por una *imagen nacional*.

Esta tendencia futurista y utópica puede considerarse enraizada en el pensamiento de *Juan Egaña*.

Así entonces: el *bien común* que piensa en la seguridad nacional como la protección del pueblo por el gobierno, coexiste con el *liberalismo* que la piensa como la protección del gobierno por el pueblo.

La presidencia de Pinto, iniciada en 1876 con Lastarria como Ministro del Interior y con Miguel Luis Amunátegui como Ministro de Instrucción Pública, fue un período conciliador entre las dos corrientes, y en el año 1879 las ideologías básicas se unieron fácilmente en torno a la aventura bélica incierta que se abrió ante Chile.

Si bien la gestión económica del gobierno de Pinto ha sido descrita como de estagnación y de crisis, esto debe verse como simultáneo con una activa participación *intelectual y creativa* en el gobierno.

Se reformó la Constitución; se reorganizó la educación y el gobierno interior; se intentó una descentralización administrativa; se desarrolló el estudio de las ciencias naturales; se prospectaron las riquezas minerales; se desarrolló la tecnología minera y se alcanzó el más alto nivel historiográfico de nuestra tradición. Esto sin entrar en la protección que el gobierno brindó a las artes y a la literatura.

Ante estas manifestaciones de un espíritu pujante y nacionalista, los problemas del circulante y los bonos fiscales aparecen, tal vez, como un precio cultural. Sin embargo, la guerra solucionó la crisis económica, mientras que los adelantos científicos e intelectuales hicieron posible la victoria y se incorporaron sólidamente al patrimonio cultural nacional.

Parece interesante ilustrar mis aseveraciones con una cita del discurso que José Victorino Lastarria leyó ante el Senado el 17 de octubre de 1876 al presentar el gabinete recién inaugurado y que él presidía como Ministro del Interior: "... tenemos el honor de declarar ante los representantes de la nación que la nueva administración se inaugura abrigando, por una parte, el firme propósito de promover el desarrollo intelectual y moral del país y armado por otra parte, del sincero deseo de servir con lógica y constancia al progreso de nuestras instituciones —y más adelante— para eso necesitamos que la discusión sea elevada y práctica, bien entendido que ello no puede tener esos caracteres, si no es rigurosamente científica y si la nueva política no es un arte de aplicación de los principios a la situación social y a todos los intereses verdaderamente colectivos y que, como tales, deben ser reputados y respetados como intereses legítimos".

Este discurso a través de estos breves extractos señala cómo el individualista Lastarria acepta "los intereses verdaderamente colectivos" es decir, el bien común, y cómo el filósofo y científico social que hay en él exige la aplicación de un marco "rigurosamente científico" al debate político y el análisis sociológico como proceso de legislación.

La fuerza social, que surge misteriosamente del *Ethos* formado por la ideología básica de un pueblo, se impuso en el gobierno chileno en un avance progresista que refundió las dos corrientes ideológicas ya señaladas, pasando por encima de un esquema de partidos políticos que estaban en plena revisión y que se presentaban diseminados en núcleos personalistas, en torno a líderes como Santa María, Errázuriz Concha y Toro y el mismo Lastarria, quienes encarnaban personalmente la fusión de las ideologías.

En esa época, ya declarada la divergencia entre la Iglesia Católica y el movimiento laicista, no era raro encontrar laicos antirreligiosos, como Barros Arana, que defienden el tradicionalismo histórico neoescolástico y creyentes que defienden el estado laico.

Esta situación no sólo fortaleció a Chile para la Guerra del Pacífico sino que se prolongó, con el refuerzo positivista hasta la revolución de 1891.

Resulta muy significativa una conversación, registrada por la historia y que sostuvieron, inmediatamente después de terminada la revolución del 91, dos líderes políticos rivales: el radical Manuel Antonio Matta y el conservador Manuel José Irarrázaval: apesadumbrados ambos por el desenlace de los acontecimientos y la repartición de cargos y prebendas, que contradecía el espíritu progresista que ambos deseaban, Matta le dice a su opositor: "mantengámonos unidos y podemos gobernar 30 años". No lo hicieron y por ello no gobernaron.

LA EDUCACION

Todo desarrollo social, cultural y económico se hace posible a partir de la educación.

Por ello este aspecto de la vida intelectual es un índice importante para conocer lo que fluía "por dentro" del cuerpo social chileno hace 100 años.

Los aspectos más relevantes que, a mi parecer, influyen en la educación chilena de esa época son: la objetividad de los programas educacionales, el sistemático control que el Estado ejercía a través de la universidad y la participación en la vida pública de importantes figuras intelectuales que concedían a la educación una franca prioridad.

A lo anterior, habría que agregar la fuerte tendencia profesionalizante de la Universidad de Chile en esa época, que estaba adecuadamente equilibrada por el alto nivel científico y filosófico de la *Academia de Bellas Artes*.

Una idea somera de la actividad educacional en 1879 se refleja en las siguientes cifras: la población que al 31 de diciembre de 1877 era de 2.136.724 personas se puede estimar en 2.200.000 personas en el año de la

guerra; de éstas, los analfabetos eran alrededor de 1.300.000, es decir el 59%, cifra menor que la que tiene Perú, 100 años más tarde, y equivalente a la que tenía Brasil hace 15 años.

La uniformidad racial chilena que indica la cohesión cultural del país se manifiesta en la presencia de solamente un 1,4% de extranjeros dentro de la población total.

En la instrucción primaria había 87.037 alumnos, de los cuales el 70% recibía enseñanza estatal en 768 escuelas, distribuidas en todo el territorio, y el 30% recibía educación particular.

En media había 3.384 alumnos en todo Chile y en la enseñanza superior había 762 alumnos, de los cuales estudiaban Leyes 378, Medicina 346, y Ciencias Matemáticas, es decir, Ingeniería, 38. Además de esto se registraban 55 alumnos de Bellas Artes y 584 en el Conservatorio Nacional de Música. La Escuela de Artes y Oficios, encargada de la enseñanza técnica junto con la Escuela de Minas de Copiapó reunían más de 200 alumnos en sus respectivas disciplinas.

En total el 4,5% de la población total eran estudiantes y si consideramos la población que sabía leer y escribir, el 11,5% de ellos recibía instrucción regular.

A estas cifras, francamente elevadas dentro del panorama hispanoamericano, se puede agregar que había una Biblioteca Nacional y tres bibliotecas universitarias que totalizaban, entre todas, 115.924 volúmenes, esto sin contar las bibliotecas de los colegios particulares, las órdenes religiosas y las bibliotecas privadas, todo lo cual arroja una relación proporcional a la población que, para esa época, resultaba superior a la realidad de hoy en muchos países de nuestro continente.

Hasta 1878 la Universidad de Chile ejercía el control y la evaluación de todos los establecimientos educacionales estatales de nivel medio, intervenía en los programas y designaba a los examinadores. Esta circunstancia colocaba a los egresados de la educación particular ante la necesidad de formalizar sus exámenes para el ingreso a la universidad.

Resulta muy significativo del espíritu progresista de la época, que la distinguida educadora Isabel Le Brun de Pinochet viniera insistiendo, ante el Ministro Amunátegui y ante Domeyko, Rector de la universidad, que se tomaran exámenes válidos a las alumnas de su colegio, y que en 1878 el Ministro de Instrucción Amunátegui firmara un decreto que así lo dispone y que abre el ingreso a la universidad a la mujer chilena. Esta decisión es una muestra de muchos aspectos culturales y sociales de tipo futurista.

Para procurar un impulso armónico a la educación, el 9 de enero de 1879 se promulgó una ley que crea el Consejo de Instrucción, presidido por

el Ministro de esa cartera que reemplaza en sus funciones al Consejo de la Universidad.

Este Consejo, en el cual el gobierno designó a Lastarria junto a Jorge Huneeus y a Domingo Alemparte, debía aliviar a la universidad de parte importante de su tarea planificadora de la educación escolar.

Al iniciarse la guerra, Lastarria debió viajar a Brasil como Ministro Plenipotenciario para asegurar la neutralidad de dicho país y no participó en este Consejo.

Fue Jorge Huneeus quien desde el cargo de Ministro de Instrucción, en abril de 1879, dio forma y dirección a ese Consejo.

La tendencia profesionalizante de la Universidad de Chile se consolida en esa época. Si bien se ha querido encontrar el origen de esa tendencia en el propio pensamiento de Andrés Bello, al fundar la Universidad de Chile, la verdad es que Bello entendía a la universidad como un centro del saber y de reflexión, pero cuya participación en el campo productivo debía realizarse indirectamente a través de la Educación Primaria y Media y en las escuelas técnicas especializadas, su pensamiento se justifica al ver que sólo muy pocos asistían a la universidad, ya he mencionado que en 1878 de 87.000 alumnos en todos los niveles, menos del 1% llegaba a la universidad.

Sin embargo, la presión del tradicionalismo exigía el desarrollo de la vida económica y ya 30 años antes de la guerra la Sociedad Nacional de Agricultura había logrado la creación de la Escuela de Artes y Oficios y la creciente actividad minera había logrado más tarde la creación de las escuelas de minas de Copiapó y La Serena, según el sentir de la época que era de una marcada tecnificación.

Sucedió a Bello en la Rectoría uno de sus discípulos humanistas, Manuel Antonio Tocornal y en 1867 asume la Rectoría el sabio naturalista polaco Ignacio Domeyko que imprimió el sello profesionalizante a la universidad en un rectorado que duró 15 años.

Hay que destacar la intervención de los sabios extranjeros contratados por Chile: el francés Claudio Gay, el alemán Rodolfo Amando Philippi, el italiano Amado Pissis y el propio Ignacio Domeyko. Todos ellos eran científicos sistemáticos, además buenos cronistas, historiadores, estudiosos de la vida social y de las costumbres, notables dibujantes y cartógrafos. Estas mentes brillantes pudieron abarcar un estudio de Chile que sobrepasaba todo lo que nuestros intelectuales criollos podrían haber hecho, pero de estas descripciones saltaba a la vista el enorme potencial de recursos naturales de que disponía Chile y la evidente superioridad educacional de la población en relación a otros países americanos. De esto naturalmente surge la presión

por disponer de profesionales técnicamente capaces para desarrollar las actividades mineras e industriales con todas sus implicaciones.

Por esta razón, los estudios jurídicos se dirigieron más propiamente a la Abogacía, los estudios biológicos y naturalistas hacia la Medicina y las ciencias matemáticas hacia la Ingeniería.

Esto no significó el abandono de la reflexión humanista sino que, impulsados por la ideología individualista y utópica, los intelectuales preocupados de las Ciencias Sociales y de los estudios teóricos se agruparon en instituciones particulares como la Academia de Bellas Letras a la cual me referiré más adelante.

Otro indicio de la tendencia pragmática de los estudios, fue la discusión sobre la enseñanza del latín en la educación media que se venía ventilando en contra de la opinión de Bello y que se inicia en 1880; es decir, en plena guerra, Chile tenía la preocupación de discutir si debía o no enseñar latín.

Huneeus y otros eran partidarios de abolirlo y reemplazarlo por algo más práctico: el idioma inglés.

Un ejemplo claro de la vida universitaria la ofrece la publicación de *Anales* de la Universidad de Chile cuyo tomo correspondiente a 1879 recoge trabajos realizados en 1878 y parte de 1879.

Estos *Anales* contienen 15 trabajos y una sinopsis estadística nacional. De éstos, 4 trabajos son memorias de título y 11 asuntos de interés público. Lo primero que llama la atención es que los temas técnicos y profesionales imperan en la casi totalidad de los trabajos y que los únicos dos trabajos puramente científicos corresponden a los aportes del sabio europeo Philippi.

La pieza de resistencia de estos *Anales* es un estudio sobre nuevas industrias que se pueden crear en Chile escrito por Enrique Jequier: A lo largo de 120 páginas estudia la explotación del azufre, su uso para fabricar ácido sulfúrico, el que a su vez sirve para la refinación de oro y plata; luego, el sulfato de fierro y la conservación de la madera. La fabricación de ácido clorhídrico; la fabricación de jabones; el ácido oleico para la industria textil; la glicerina, nitroglicerina y dinamita. El fósforo y los abonos químicos y, para que éstos puedan aprovecharse en la agricultura, el uso sistemático y controlado de las aguas. Es admirable que cada uno de estos temas trae un completo estudio de lo que hoy llamaríamos factibilidad y comercialización.

Dentro del tema de recursos naturales Enrique Concha y Toro explica el mecanismo internacional del precio del cobre y azufre a partir de las minas españolas.

En el campo de la Ingeniería, José Vergara discute los trazados parabólicos para ferrocarriles y Valentín Martínez nos ilustra sobre puentes. Luis

Zegers hace un análisis del dínamo de Gramme y su aplicación al alumbrado público y otros usos; se debe destacar que recién Edison había inventado la ampolleta de filamento, y en un trabajo conjunto con José Alberto Bravo, relata sus observaciones meteorológicas en el cerro La Campana. Ernesto Williams informa sobre sus descubrimientos mineralógicos en el cerro Plomo.

En el campo de la Medicina se presenta un trabajo de Juan Manuel Salamanca sobre la disentería y otro de Salvador Félix, quien estudia el alcohol y sus efectos hepáticos como requisito para recibirse de médico.

En el terreno de la farmacología vegetal *Federico Puga* estudia el uso de algunas plantas medicinales.

Los juristas, por su parte, ofrecen: Alvaro Vila una interpretación sobre la ley de arrendamientos, que le mereció su título y Carlos Llauras obtiene el suyo explicando la importancia de los estudios de legislación comparada.

Hay un aporte cultural con el proyecto de un Museo de Bellas Artes que presenta José Miguel Blanco, que posteriormente será realidad y un informe sobre dos bibliotecas públicas en Estados Unidos: la del Capitolio en Washington y la Cooper en Nueva York como modelo para Chile, de Alfredo Escobar.

Sólo dos trabajos defienden a las ciencias en este nutrido tomo, ambos de Rodolfo Amando Philippi: un estudio arqueológico de piezas reunidas por el museo y el descubrimiento de una especie botánica nueva.

Estos *Anales* contienen, también, una sinopsis estadística de Chile con amplios datos económicos, censales, educacionales, de las Fuerzas Armadas, etc., datos que he utilizado en este mismo trabajo.

Paralelamente a las consideraciones que se puedan hacer a un panorama universitario, claramente profesionalizante, está la demostración práctica del notable avance que los transportes y las comunicaciones ya habían alcanzado en el país con el concurso técnico de los universitarios.

El sentido general de los programas de educación de todos los niveles recibió la influencia europea y el estudio, casi preferente, de las ciencias naturales, propuesto por los sabios naturalistas ya mencionados. En particular, Ignacio Domeyko, al iniciar su carrera en Chile, reorganizó los estudios de mineralogía a partir de los liceos de Copiapó y La Serena; posteriormente pasa al Instituto Nacional y de allí a la Universidad de Chile.

Diego Barros Arana se desempeñó por diez años como rector del Instituto Nacional, de donde salió por rencillas políticas; el año 1879 ya era decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Chile, de la cual será posteriormente rector.

Valentín Letelier contaba 23 años de edad cuando fue nombrado

profesor de filosofía y literatura del liceo de Copiapó en 1875, donde desarrolla una importante labor: creó una Academia Literaria, editó una revista, fue director del diario El Atacama, corresponsal de la prensa de Santiago y fundador del diario El Heraldo, llegando más adelante también al rectorado de la Universidad de Chile.

José Abelardo Núñez ya había iniciado en 1879 sus estudios sobre la sistematicidad de la enseñanza y después de la guerra logrará la implantación de notables progresos en la instrucción primaria.

Miguel Luis Amunátegui ocupa la cátedra de Instrucción Pública en varios ministerios de la década del 70.

José Victorino Lastarria, que en su juventud había sido profesor de enseñanza media y director de colegio, fue preparado como profesor. Como discípulo de Bello fue uno de los profesores que formó la Facultad de Humanidades en la Universidad de Chile.

Allí presentó su trabajo "Investigaciones sobre la influencia social de la Conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile", obra que precipitó su divergencia con la corriente historicista tradicional de Bello.

En 1860 fue elegido Decano de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile.

Además de una fecunda vida política y diplomática, sirvió como Ministro de Hacienda en el gobierno de Pérez.

En esta forma su experiencia y capacidad venían influyendo de manera notable durante los años anteriores a la guerra, cuando asumió como Ministro del Interior en 1876.

Resulta claro que los sistemas de enseñanza fijados en Chile no fueron fruto de las casualidades o las improvisaciones y que el apoyo que tuvo la educación en la vida pública y privada había alcanzado un notable nivel de eficacia en 1879.

FILOSOFIA, HISTORIA Y CIENCIA

Tras la educación de un país y en la organización de sus institutos superiores, hay siempre un nivel de reflexión teórica que busca para dar respuesta a la pregunta por un sistema y una finalidad en la enseñanza.

Pero más allá de esto está la pregunta sobre cuáles son los valores y los ideales de la sociedad y la imagen que se tiene de la propia nacionalidad. En cada país se procura que la enseñanza identifique al alumno con la vida nacional y al mismo tiempo que lo integre positivamente al mecanismo de la

vida social. Estas dos funciones, la identificación y la integración, están íntimamente ligadas al concepto de libertad y de ética.

No es raro, entonces, que hubiera una honda preocupación por los problemas filosóficos que dicen relación con la imagen nacional.

Ya he mencionado de qué manera la idiosincrasia chilena se sitúa en la confluencia de dos tendencias ideológicas: la tradicional y la utopista.

Los antecedentes de estas actividades se encuentran en el trabajo de los humanistas de la Patria Vieja, Juan Egaña y Manuel de Salas, quienes, principalmente, se ocuparon de establecer bases jurídicas y educacionales para Chile independiente, reinterpretando las experiencias europeas y modernizando las experiencias coloniales.

A su trabajo se agrega el aporte de los venezolanos Andrés Bello y Simón Rodríguez y del español José Joaquín de Mora quienes, al igual que los humanistas patriotas, eran juristas y educadores.

Posteriormente se agrega la visión de los naturalistas europeos contratados por Chile, de quienes he mencionado a cuatro que, de alguna manera, producen el tránsito de lo jurídico y lo pedagógico hacia el interés por las ciencias naturales, lo que, a su vez, repercute en el desarrollo de la aplicación de la física y la química a los problemas mineros. Con esto, ya en 1879 las técnicas de la minería chilena habían alcanzado un nivel importante, incluso en el procesamiento del salitre.

Si bien la obtención de oro, plata y cobre corresponde a una metalurgia conocida en Chile por lo menos hace 8 siglos, el salitre presenta un desafío técnico que requiere métodos de refinación adecuados a factores económicos.

La reflexión sobre "qué somos" también lleva necesariamente a observar el entorno, no sólo humano sino también natural, y la sistematización de las observaciones zoológicas, botánicas y mineralógicas viene a ser un importante aporte al pensamiento filosófico que busca las condiciones para una identidad americana y chilena.

En esta forma, la filosofía chilena ya entroncada a la literatura se enriquece con una filosofía de la naturaleza.

Las ideas filosóficas contenidas en las diversas tendencias de la época se pueden identificar y sintetizar según la Escolástica, el Utopismo y el Positivismo.

—La Escolástica sigue, en materia científica, a Aristóteles. Esto quiere decir que se requiere, para conocer un objeto, saber su causa y comprender que todas las causas inmediatas están relacionadas con causas que trascienden el tiempo y el espacio.

La observación de la naturaleza es fundamental para dicho conocimien-

to, y se expresa a través de la "sustancia" que va más allá que la mera configuración físico-química.

—El Utopismo sigue, en materia de conocimiento, a Platón, lo que supone el mundo de las ideas sobre las cosas y el conocimiento subjetivo por rememoración. La naturaleza viene a ser lo que el hombre logra identificar dentro de sí, y se hace cognoscible por la idea de la naturaleza ya que su materialidad misma no puede ser conocida directamente.

—El Positivismo es una escuela que niega todo conocimiento que no sea comprobable en forma experimental o deductiva. La ciencia tiene por objeto conocer la naturaleza, a través de la física, la química y la biología, sirviendo las matemáticas de sistema de referencia. Es decir: las matemáticas son la ciencia de la cantidad; la filosofía, la ciencia de la cantidad y la cualidad; la química, la ciencia de la cualidad y la relación; la biología, la ciencia de la relación y la función.

Las tres corrientes colocan al hombre en una situación de dominio sobre la naturaleza, pero en diferente perspectiva. La escolástica como sujeto participante de la creación divina y sujeto a la redención. El utopismo como sujeto originador del conocimiento ordenado hacia el bien. El positivismo como miembro de un cuerpo social que requiere ser conocido científicamente, es decir, es necesario para el positivismo crear una ciencia de la sociedad o sociología y una moral racional, para conocer al hombre mismo.

La escolástica se identificaba culturalmente con España y por ello era rechazada por los que buscaban otro camino, en este caso el utopismo, pero el idealismo no se compadece mucho con el pragmatismo criollo y por ello el positivismo con su disfraz de "moral universal" ofrecía un panorama atractivo como plan de gobierno: el orden y el progreso; las ciencias *comprobadas* al servicio de la industria; la educación organizada en torno al estudio de la naturaleza y la sociedad sin ninguna especulación metafísica. Sólo conocimientos positivos.

Así los patriotas creían ver un camino rápido hacia una igualdad: todos con igual nivel de conocimiento científico, todos con igual criterio moral y social.

El positivismo tuvo especial aceptación contemporánea en México y en Brasil y una influencia más tardía en Uruguay y Argentina.

En el terreno de la filosofía, en 1879 viven pensadores importantes en la historia de nuestras ideas. Ellos son: Jenaro S. Abásolo y José Victorino Lastarria, por el utopismo futurista; Rafael Fernández Concha por la escolástica tradicional; Valentín Letelier y los hermanos Lagarrigue por el positivismo.

Abásolo es uno de los primeros chilenos en estudiar el pensamiento de

Leibniz, Kant, Hegel y Spinoza, después de recorrer Europa, en 1877 publica un libro escrito en francés titulado "La personalidad", donde explica que la filosofía surge de la identidad entre el sujeto y su entorno humano y físico y por lo tanto tiende a encontrar una expresión del espíritu americano que difiera de los planteamientos de los filósofos europeos en boga.

En este libro, después de exponer su desafecto por el idealismo y muy especialmente por Hegel, y haber establecido la existencia necesaria de Dios, pasa a un análisis de orden ético, manteniendo el valor social de la virtud y analizando separadamente a los cristianos, los indulgentes, los humildes, los audaces, los altaneros, los socráticos, los estoicos, los reverentes, los héroes, los genios múltiples, los sonrientes o intrépidos, los amantes, los misteriosos y los misericordiosos, para terminar con un corto capítulo de llamada a la libertad contra el despotismo, y finalmente establece la necesidad de una "nación de toda la humanidad".

Una obra del más perfecto estilo siglo XIX, que ofrece, en comparación a las obras chilenas contemporáneas, mucho mayor rigor filosófico y el aporte de un pensamiento que tiende a un fin específico: establecer los fundamentos "personales" para una nueva libertad social en América.

En una obra posterior Abásolo expone su posición futurista y utópica en la obra "La personalidad política y la América del porvenir", impresa después de su muerte. Uno de los puntos que plantea Abásolo dice: "Nuestros políticos van descaminados, tomando por mira principal de sus tareas el incremento de la riqueza y la creación del hombre que la produce, mirando como secundario la producción del hombre integral, que abarca la plenitud de la vida...", con lo cual viene a fortalecer el planteamiento teórico y espiritual que constituye el contrapeso de la posición profesionalizante de la universidad de la época.

La figura de Lastarria aparece en muchos puntos de esta exposición y revela una multiplicidad de inquietudes que sirven para reunir o cohesionar las inquietudes intelectuales de hace 100 años.

Lastarria estuvo incorporado de lleno a la política desde los 31 años de edad, formó el Club de la Reforma, la Sociedad Literaria del Instituto Nacional y finalmente la institución base de la vida intelectual chilena en la década del 70, la Academia de Bellas Letras.

El tema básico que ocupa a Lastarria es la libertad. Por defender un principio amplio de la individualidad se colocó siempre en posiciones adversas a los gobiernos fuertes. Sin embargo, este concepto de libertad correspondía al ejercicio de las virtudes humanas en su más alto valor.

En sus escritos literarios se encuentran críticas duras a los hábitos criollos: la falta de sinceridad, el egoísmo y otras manifestaciones de

mezquindad humana que se dan en todas partes, pero que él aplica especialmente a Chile.

Esta preocupación por la ética social lo lleva a ocuparse de la filosofía del derecho y de la Constitución, que logró reformar siendo Ministro.

El método de Lastarria es la crítica del pasado y el modelo ideal del futuro, lo que se observa en su preocupación por el derecho constitucional, es decir, por la meta de perfección y explicitación de la justicia que se estatuyen para proteger el bien de la sociedad. Esta inquietud, entroncada en Juan Egaña, contrasta con la preocupación por el derecho positivo de gentes que ocupa a Bello.

Pareciera que Bello y los pragmáticos Barros Arana, Amunátegui, Vicuña Mackenna, Huneeus y otros quieren establecer *qué es Chile por lo que fue Chile*, mientras que Egaña, Abásolo, Lastarria y los utopistas quieren establecer *qué deberá ser Chile*.

Uno de los aspectos relevantes es su posición frente a la filosofía de la historia en cuyo campo se perciben dos corrientes: la iniciada por Bello y la reforzada por Gay que corresponde a la simple descripción sin análisis de tendencias o influencias, contraria a la posición crítica y analítica que preconiza Lastarria.

Para comparar ambas corrientes resulta interesante examinar la posición cientista de Gay, quien concluyó su historia física y política de Chile en 1871 donde dice: "Mis maestros hubieron de señalarme la República de Chile por una de las regiones que podía más cumplidamente responder a las exigencias de mi desmedida curiosidad y como me cuadrara el consejo, resolví seguirlo, comenzando desde entonces a anotar cuidadosamente, en tablas metódicas y analíticas, lo muy poco que de la historia y de la geografía de aquellas partes de la América se había hecho. Este era el medio de traer a mis ulteriores tareas a un sistema de orden que había de hacerlas más breves y muy menos penosas".

Esta posición "metódica y analista" contrasta con la actitud de conocimiento fragmentario ante la realidad que caracteriza las situaciones existenciales del americano y del chileno.

La cuna de la historia chilena fue la Universidad de Chile y Bello preconizó una posición que él define como "una historia narrativa, ampliamente investigada, sometida la fuente a una rigurosa crítica". Compartida esta visión por Gay, se forma una línea de investigadores históricos que incluye a Manuel Antonio Tocornal, Federico Errázuriz, Melchor Concha y Toro y otros en la generación siguiente. Esta tradición sirve de base al trabajo de los ya mencionados Amunátegui, Barros Arana y Vicuña Mac-

kenna, quienes han sido singularizados como nuestros "clásicos" del siglo XIX.

Por otra parte, la filosofía de la historia se hace presente a través de la gestión de Lastarria, quien ofrece en su trabajo "Investigaciones sobre la influencia social de la Conquista y el sistema colonial de los españoles en Chile", una tesis de crítica filosófica de la historia, que precipita la divergencia con la corriente historicista de Bello; esta posición de Lastarria se vincula a una corriente de filosofía del derecho a la cual aportan por igual utopistas, escolásticos y positivistas.

En una línea teológica y escolástica se coloca Rafael Fernández Concha, que fue el tomista más importante de Sudamérica en el siglo pasado. Asumió con ahínco la tarea de revisar la aplicación que se hacía de los principios filosóficos de Santo Tomás y aporta una admirable claridad en un momento en que la religión se usaba en Chile como arma política. Una de sus obras, "Filosofía del derecho", tiene tal vigencia que fue reeditada en 1966 para servir de texto de estudio en la universidad. En ella plantea los principios del derecho natural desde la perspectiva de los problemas sociales americanos.

Los trabajos filosóficos, históricos y científicos eran publicados en diversas revistas de las cuales se puede nombrar las fundadas en la década del 70 y que contribuyen a formar lo que podríamos llamar el espíritu del 79.

En 1871 se funda en La Serena la *Revista Científica y Literaria*, de periodicidad semanal, dirigida por Enrique Blondel; en 1872 aparece la *Revista de Santiago*, quincenal, dirigida por Fañor Velasco y Augusto Orrego Luco y la *Revista Médica de Chile*, mensual, dirigida por Philippi, Murillo y Zorrilla. Además, la *Revista Literaria* fundada en Copiapó en 1876 por Valentín Letelier y los numerosos diarios cuyo contenido intelectual era transmitido todos los días.

Esta activa vida intelectual que consideraba el progreso material como una meta razonable y al mismo tiempo pretendía un alto nivel de igualdad, era terreno abonado para recibir, acoger y practicar la filosofía positivista francesa.

Los hermanos Juan Enrique y Jorge Lagarrigue entran en contacto con Augusto Comte y se incorporan de lleno a la tarea de traducir y difundir sus ideas. En 1875 Jorge tradujo y publicó *Principios de Filosofía Positiva* y por su lado Juan Enrique publica *Bocetos Filosóficos y Literarios* en 1878. El trabajo de difundir el positivismo continuó durante el resto del siglo y los principios de orden, libertad y progreso fueron ampliamente compartidos por los chilenos, pero dejando de lado la religión de la humanidad que Comte planteaba.

Valentín Letelier se inició en el positivismo en 1874 traduciendo tres ensayos de Littré que leyó en la Academia de Bellas Letras y luego en Copiapó unirá sus esfuerzos a Serapio Lois, quien posteriormente fundara la Escuela Augusto Comte en esa ciudad. Su trabajo en el positivismo continuó después de la guerra, con sus obras sobre jurisprudencia y educación.

Los postulados comtianos presentaban a los chilenos una serie de aspectos atractivos: la clasificación de las ciencias y su sistema para la educación, los principios de una sociología basada en la tradición histórica y la posibilidad de una moral racional. Los años precedentes a 1879 son el preludio de este movimiento que alcanzara toda su fuerza posteriormente y la influencia del positivismo continuará en Chile aun hasta hoy, si bien el desarrollo filosófico ha reemplazado al pensamiento de Comte.

En esta forma, los años precedentes a la guerra fueron para Chile un fecundo encuentro entre tradición y utopía, escolástica e individualismo, cientismo experimental y sociología positiva, ardientemente defendidas.

ACADEMIA DE BELLAS LETRAS

El 29 de marzo de 1873 se funda la Academia de Bellas Letras con una divisa que habría gustado a Platón: "Afirmar la verdad es querer la justicia". Sus objetivos tal cual aparecen en los estatutos son: "El cultivo del arte literario como expresión de la verdad filosófica, adoptando como regla de composición y de crítica en las obras científicas, en conformidad con los hechos demostrados de un modo positivo por la ciencia y en las sociológicas y obras de bella literatura, en conformidad con las leyes del desarrollo humano". Firman el acta de constitución 58 miembros fundadores y se reconocen 5 correspondientes nacionales y 31 extranjeros. 94 personas en total.

La lista de estos fundadores incluye a las más destacadas figuras del mundo literario, histórico, científico y político, la mayor parte de estos nombres son figuras consagradas por la tradición.

Incluye a dos futuros presidentes de Chile Domingo Santa María y José Manuel Balmaceda. Al Intendente de Santiago Benjamín Vicuña Mackenna, a dos futuros presidentes de Argentina, Vicente Fidel López y Bartolomé Mitre. A Diego Barros Arana, Miguel Luis Amunátegui, Eduardo de la Barra, José Alfonso, Manuel Blanco Cuartín, Daniel Barros Grez, Manuel Antonio Matta, Pedro León Gallo, Jorge Huneeus, Pedro Lira, Ambrosio Montt, Adolfo Murillo, Augusto Orrego Luco, Fanor Velasco, José Francisco Vergara, Francisco Vidal Gormaz, Alberto y Guillermo Blest Gana; a los

sabios Gay, Pissis, Philippi, Courcelle-Seneuil, etc., ministros de Estado, rectores de universidad, embajadores, educadores, escritores todos.

En sus "Recuerdos literarios", José Victorino Lastarria da cuenta detallada de la vida de esta Academia y en su 4º aniversario celebrado el 27 de mayo de 1977 el Vicedirector Marcial González da cuenta de que la Academia había acogido y escuchado 78 obras de 27 autores. Tenida cuenta de que la Academia sesionaba como ordenaban sus estatutos, los días sábado a las 7 y media de la tarde, ha debido funcionar con gran regularidad para cumplir con tan dilatada tarea.

Al confrontar el tipo de trabajos que se preparaban y publicaban en la Universidad de Chile con los temas tratados en la Academia, queda en claro que esta segunda era una verdadera universidad. En el año a que me refiero se ocupó de discutir temas filológicos, tales como la ortografía de Bello y la posibilidad de un alfabeto fonético universal. En el campo filosófico se aportan estudios sobre la influencia del pensamiento de Voltaire y de Littré y en el campo biológico se lee un importante trabajo sobre las vacunas. La literatura recibe aportes sobre Dante y diversas poesías originales. Participan en este fecundo trabajo Ortiz, Orrego Luco y Murillo en la biología. Los aportes de Letelier, Frick Fossey, Barros Grez y De la Barra sobre filología, artículos de costumbres y una multiplicidad de temas conectaban nuestro mundo intelectual con el quehacer científico contemporáneo, y corresponden a asuntos teóricos y abstractos.

Resulta difícil juzgar a 100 años de distancia el impacto que todo el trabajo intelectual de la década del 70 ha tenido en los chilenos, pero resulta muy significativo que una guerra que se presentaba a Chile en forma adversa pudo ser sostenida y ganada sin debilitar la fuerza y la duración de la vida intelectual nacional.

Esta circunstancia que permite trazar la marcha de la vida científica sin una interrupción notoria durante los años de la guerra, parece indicar que nuestra vida educacional e intelectual fue uno de los factores decisivos para Chile en la Guerra del Pacífico.

Cien años después quisiera que este somero recuento que acabo de exponer sirva de testimonio del aprecio y reconocimiento que todos los chilenos sentimos por quienes nos precedieron en la vida de la academia y del pensamiento.